

Recordando

S a L A R R U E

Por
Ruffo
Vitto
Marroquín

SALARRUE
CATLEYA LUNA

Recientemente el escritor Salvador Salazar Arrué (Salarrué), cumplió cinco años de haber fallecido y de estar inmarcescible en la literatura salvadoreña, que va más allá de nuestras fronteras. Salarrué nació en Sonsonate el 22 de octubre de 1899 y falleció en San Salvador el 27 de noviembre de 1975.

En mi pequeño escritorio de plumífero, diría alguien, tengo seis de sus obras: "La Espada y Otras Narraciones", "Catleya Luna" —novela sencilla de orquídea y rosa, de pétalo y espina, de estrella y pájaro, de luna y sol, según la describe el mismo Salarrué—, "El Señor de la Burbuja" —novela de narración fácil y clara, en la que el relato se desenvuelve con rapidez, en una serie de ambientes muy bien logrados—, "Cuentos de Barro" —son la vuelta a la tierra, el redescubrimiento de lo

que estando al alcance de la mano, pasaba inadvertido—. En estos cuentos, el autor logra una plena identificación con el mundo campesino, nunca antes advertida en los autores salvadoreños. "Cuentos de Cipote", donde Salarrué, según el escritor Adalberto Ariosto Arminio, "se sumerge en el inmenso mundo inquieto de los niños, dejando deslizar delicadamente su pluma en el azul terciopelo de ingenuos sueños, donde sola-

el Señor de La Burbuja



mente existen luceros brincones con corrientadas de luz, sembrando hadas que esparcen amor y felicidad.

Y finalmente mis ojos y mi mente, que se rebuscan por un lado y otro queriendo imitar a los "críticos literarios", atraviesan "El Cristo Negro", sexta obra de Salarrué, novela que al leerla me invita a decir algo.

Salvador Salazar Arrué en "Cristo Negro" nos esboza como un hombre humilde y maltrecho propugna porque los humanos no pequen más. Nos habla de un negro llamado Uraco, quien quedara huérfano al morir su madre Tinxque (india), víctima de la injusticia de un blanco.

Este sería quizá el preámbulo triste de su introducción a la maldad. Cuando Fray Francisco lo recoge el negro Uraco se entrega con amor y santidad a Jesús. Sus pasos no parecen revelar el camino oscuro y malevolto que emprenderá aquel hombre que sin ser fraile ya lo era. Este camino empieza precisamente, como ironía del destino, en el lugar santo de los frailes. Una negra virgen, mestiza, de fogosa figura, con senos palpitantes de deseo, se acercó un día a Fray Uraco para contarle que estaba enamorada del hijo del amo, y que su cuerpo sin huella de amor no soportaba al anhelo desesperado de entregar su virginidad. Uraco, mirando al cielo y con lágrimas tristes violó a aquella mujer que saliera corriendo como queriendo dejar para siempre ese pecado de amor con el Fraile.

Tuvieron un hijo que temió y odió a su padre, quien con dolor en su alma lo castigaba, para evitar el pecado de su madre, así como lo evitó en el pequeño hijo del amo.

Uraco desapareció del convento perdiéndose en la espesa selva, para robar, matar, engañar, etc., etc., y hundirse en la maldad con la idea de no permitir que otros pecaran. Su último signo de maldad fue ser verdugo, de donde salió para ser crucificado como por ironía del destino, semejando a Jesucristo, a quien nunca quiso imitar.

Salarrué nos pinta un hombre negro que se profundiza en el abismo pueril de la maldad, con el objeto de evitar que otros se pierdan o dejen de pecar o pequen menos.

En síntesis el escritor del recuerdo nos deja una estampita clara de la injusticia humana, que acrecenta los pecados del hombre, y como la misma injusticia es la generadora de tanta maldad.

El Cristo Negro, es la última obra de Salarrué impresa en los Talleres de la Dirección de Publicaciones, dependencia de la Subsecretaría de Cultura, Juventud y Deportes.

Los libros y los días

Las elecciones y Maquiavelo

Por Ramón J. Sender

En las últimas elecciones americanas triunfó, como todos sabemos, el partido republicano, con Reagan. Yo lo había predicho hace tiempo —en público— y no porque fuera su partidario, ya que no soy militante de ninguna bandera, sino porque parecía inevitable después de las dificultades de Carter en Oriente y Occidente.

Aunque las elecciones populares parezcan honestas y sin trucos, la verdad es que también hay en ellas maquiavelismos. Hasta hoy los gobiernos de todos los países han hecho uso de las enseñanzas de Maquiavelo en "El Príncipe", dedicado por cierto al rey Fernando de Aragón.

Todos. Eso de "calumnias, que algo queda" es maquiavélico y los dirigentes del KKK en algunos estados del sur dijeron maquiavélicamente que eran demócratas y que Carter era su amigo para ayudar a Reagan, quien aunque tampoco acepta a los racistas de la capucha blanca, es conservador y hombre de derechas.

Ayudar aparentemente a un enemigo para que sea elegido el contrario es un truco maquiavélico de la mejor especie. Naturalmente yo no soy maquiavélico, pero coincido con todo el mundo en admirar a Maquiavelo por los refinamientos de su doctrina triunfalista. Los soviéticos y los fascistas alemanes e italianos han leído "El Príncipe" y han usado y abusado de Maquiavelo. A veces con éxito. A veces sólo con habilidades transitoriamente eficaces. Pero esa eficacia o más o menos duradera no suele fallar.

En España los fascistas tuvieron que inventar un partido comunista de veras inexistente para justificar la "defensa de la patria". La verdad es que crearon ese partido y que supo aprovecharlo bien Stalin para que los nazis atacaran a Francia y no a Rusia. Llegaron incluso los rusos a pactar con Hitler a espaldas de todo el proletariado occidental, que por cierto bajó las orejas, e incluso aplaudió. Eso me recordaba a Marx y Engels que en sus cartas (publicadas en inglés y traducidas a otros idiomas) llaman frecuentemente a los obreros "burros estúpidos".

En todo caso todo ese maquiavelismo funcionó por algunos meses, aunque había acabado con los soviets si las potencias aliadas no acudieran en ayuda del maquiavélico Stalin con el aplauso de todos nosotros. Quiero decir de todos los que nunca hemos llamado a los obreros "burros estúpidos". Ni tampoco "proletarios", que es una designación envilecedora y desdenosa.

Si el maquiavelismo actúa en todas partes y no sólo en el campo político, sino también en las relaciones sociales ordinarias y hasta en el seno de las familias cuando hay fuertes intereses por medio, existen naciones en las cuales el destino parece oponerse a cualquier género de habilidad confusionista. Lo digo pensando en un país suramericano cuya industria nacional es la cocaína, que recientemente ha reorganizado sus cuadros tratando de desmentir la opinión pública y tiene un ministro nuevo de Educación cuyo apellido es Coca. Como sabemos de la coca se extrae la cocaína.

Ese señor puede ser una excelente persona, pero por el momento es víctima de un destino que a veces se opone a los maquiavelismos. Suele suceder cuando no se tienen fuerzas armadas suficientes detrás de cada movimiento táctico.

En lo que se refiere a Estados Unidos es un hecho curioso ese de que algunos jefes del KKK en los Estados del Sur se declararan partidarios de Carter para empujarle a perder la elección. Es decir, que aplaudían a Carter para que eligiera a Reagan. Y lo han conseguido.

No es que el triunfo de Reagan deba gran cosa a esos maquiavelismos encapuchados. Estos no tienen bastante influencia para decidir una elección. Pero algo es algo. Tampoco habría aceptado Reagan una ayuda tan ominosa, pero el hecho por su pintoresquismo y complejidad merece ser registrado.

Querer una América rubia, monolítica, imperialista, hija del May Flower es hoy absurdo. Sin necesidad de pensar en los negros, cuyo número rebasa el de los encapuchados multiplicados por mil, hay en E.E. UU. más de veinte millones de ciudadanos de habla española y si siguen procreando con la misma tenacidad dentro de dos generaciones serán más de cincuenta millones.

América es una cultura mestiza y esa ha sido su gloria y su gala desde el principio. La política de los americanos no tiene más remedio que presentar las características de su naturaleza de origen, y así estamos viendo ahora como a pesar del triunfo rotundo de Reagan el Congreso con el que tendrá que verselas es un Congreso con mayoría democrática.

Es decir, que el victorioso Reagan tendrá que evitar las decisiones demasiado dogmáticas y pactar de vez en cuando con sus enemigos. Esa ha sido siempre la política de E.E. UU., lo que revela una sabiduría natural y por decirlo así un maquiavelismo noble y sin subterfugios oscuros. Porque Maquiavelo no es siempre diabólico. O su satanismo tiene dimensiones plausibles de vez en cuando.

Si no fuera así se habría destruido a sí mismo hace muchos años. Porque nada prospera en la naturaleza si es francamente opuesto a sus leyes fundamentales. Y Maquiavelo sigue vivo y coleando.

Filosofía, Arte y Letras